

Un recuerdo. ("España", Madrid, 1 agosto 1918).

UN RECUERDO

POR

Miguel de Unamuno

Rizal

Rizal



Voy a do no hay esclavos, verdugos
[ni opresores,
donde la fe no mata, donde el que
[reina es Dios!
RIZAL. *Mi último pensamiento.*

HAY un libro que, aunque no lo parezca, es hoy de más actualidad que nunca y es el de W. E. Retana, titulado *Vida y escritos del Dr. José Rizal*. Hoy más que nunca conviene en España no olvidar la vida, la obra y el martirio de aquel gran patriota y apóstol filipino, a quien hizo asesinar —pues aquel fusilamiento no fué más que un asesinato, todo lo legal que se quiera, que esto no debe importar a persona honrada— el fatídico general troglodítico Polavieja.

Hay en ese libro un documento que nunca será todo lo apreciado que merece. Es el decreto del general Despujol, publicado en la *Gaceta de Manila* el 7 de Julio de 1892 y con el que se deportaba a Rizal a una de las islas del Sur.

Entre los resultandos de ese decreto inquisitorial, hay uno en que se dice que Rizal trataba de descatozizar, «lo que equivale a desnacionalizar, esta, siempre española y, como tal, siempre católica, tierra filipina», y luego se habla de injurias al Papa León XIII. Y en todo el resto del documento se ve claro que no fué por antiespañol, sino por anticatólico, o mejor, antifrailuno, por lo que se le deportó entonces y se le asesinó más tarde a Rizal.

Y esta lamentable historia de la persecución, martirio y ejecución de José Rizal, gracias al cual, más que a otro alguno, se conservará, si se conserva, en Filipinas la lengua española, la lengua en que el apóstol escribió sus obras y aquel inmortal adiós a su patria que es *Mi último pensamiento*, esa lamentable historia, ¿es de actualidad ahora? Sí que lo es.

Los que entonces le hicieron decir al pobre Despujol que descatozizar —que no era sino desfrailar— es desnacionalizar, se han hecho, apareciendo españoles, patriotas... de Germania. Del Imperio germánico, y acaso aun más del austrohúngaro, de este foco de podredumbre política y social que era últimamente acaso la última esperanza que les quedaba a los que soñaban con esa monstruosidad antievangélica y anticristiana del poder temporal del obispo de Roma.

Ellos hablan alguna vez de Gibraltar y de Tánger, y en privado hasta de Portugal y de Filipinas otra vez, pero lo que les interesa es la Roma papal, el gran mercado de las indulgencias. No hay sino observar el odio que respiran hacia Italia, hacia la heroica Italia de Mazzini, de Cavour, de Garibaldi.

Si al fin se logra la Liga de Naciones preconizada por el presidente Wilson, por el representante de la gran Democracia norteamericana, otra vez en lucha contra el esclavismo sece-

sionista de la civilidad humana, de la humanidad civil; si se hace esa Liga destruyendo todas las santas alianzas de los soberanos fundadas en pactos secretos y de familia —los reyes todos son de una misma familia—, los pueblos se darán a sí mismos el gobierno que mejor les cuadre. Y el pueblo romano se tiene ya dado, desde hace cerca de medio siglo, su gobierno propio. Y no han de ser extranjeros los que se lo quiten.

Y esto del poder temporal del Papa, ¿tiene que ver algo con el fusilamiento de Rizal? ¿Y una y otra cosa con lo que está pasando hoy aquí y con lo que puede pasar mañana? Sí, y mucho. Y tiene que ver con esta abyecta forma de neutralidad que está envileciendo aun más que lo estaba España.

Los mismos que aquí se ensañaron más con-

tra la invasión napoleónica —y no por extranjera ni por francesa, pues ellos mismos llamaban años después a los 100.000 hijos de San Luis—, eran fervorosos partidarios de la invasión del archiduque austriaco Maximiliano de Habsburgo en Méjico, y esos mismos hacían votos por el triunfo de los esclavistas durante la guerra de Secesión de los Estados de Norteamérica. No fueron aquí en 1808 antifranceses por patriotismo español. La patria no es para ellos más que un instrumento de otro poder temporal, que ni espiritual siquiera. Y h y se prosternan ante el gran luterano, esperando que, como protege el Islam, y con él las matanzas de armenios por los turcos, proteja también su Islam. Y no se olvide que eso del derecho divino de los reyes, aparte del origen divino de toda autoridad, sea la que fuere —aun díscola, dice San Pablo—, es una doctrina genuinamente luterana y, en consecuencia, troglodítica también.

